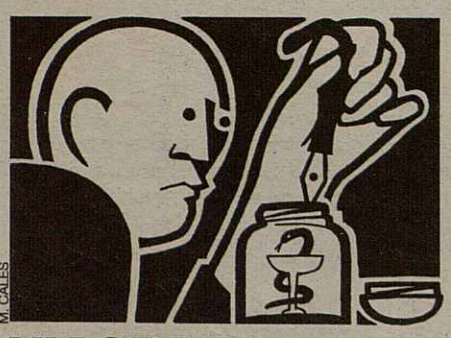
33.46

E S C Á N E R



M. CALÉS

VIAGRA Y LITERATURA

EDUARDO HARO TECGLEN

Dice Umbral que Viagra –suprime el artículo y le da personalidad humana; o divina– "no sólo estimula eficazmente la sexualidad, sino que –sin ser una droga, un "milagro", ni ninguna de esas tonterías que se escriben– somete el organismo a una optimización vascular que yo, como escritor, he percibido en la imaginación" ('Historias de amor y Viagra', Planeta). Umbral es hombre de tótem y tabú. Muchos escritores lo son: parece tan milagroso escribir –sobre todo si se escribe como Umbral– que hay que atribuirlo a algún fetiche. Hay quien se hace traer el papel de Finlandia, otro de Venecia; quien quiere un color especial de tinta; el que sólo escribe en el reverso de cuartillas usadas, o necesita una mesa misteriosa, o tiene que estar de pie ante un pupitre, o sólo considera válidas algunas horas del día. Los estimulantes: cafiaspirinas, optalidones, alcohol, café. Comidas especiales, o ayunos patéticos. La sexualidad está muy relacionada: hay quien cree que hay que estar en abstinencia, quien se descose, quien sólo practica artes masturbatorias; o mira pornografía.

Ah, hay quien tiene que contener su imaginación, o su pulsión de escribir, y busca sedantes, tranquilizantes, serenidad. La imaginación es el gran riesgo del escritor. Tener poca es mejor que mucha: o se le escapa a uno el objetivo. No sé, en todo caso son asuntos de ellos. Yo no pienso en la viagra, no vaya a ser que tenga efectos secundarios: o sea, sexuales: qué fastidio. ¡Tal como está la sociedad! La escritura no debe ser masculina ni femenina, ni infantil ni senatorial. O puede ser todo eso escrito por su contrario mejor que por su afín. Todo escritor es Madame Bovary; toda Bovary es Flaubert. Y no veo que Umbral tenga ninguna necesidad de nada: debe ser él, su talento literario, quien estimula a la píldora masculinizante y dirige su efecto hacia un cerebro que debe ser muy esponjoso, muy absorbente: todo lo que hace lo dirige hacia el cerebro. Si alguno de los días en que se come la comida del gato se comiera la mía, tan opuesta que pasa fácilmente de lo cuantitativo a lo cualitativo, el efecto sería el mismo. Pero respeto su superstición, como la de cada uno: hasta las religiosas ortodoxas, que son más raras en los escritores. Quizá la condición básica de Umbral es la de ser raro, y eso se puede manifestar de muy distintas maneras: él autodirige su rareza, como si escribiera una novela: mejor que dejarla al azar genético.

Ensayo
Testimonio

Las Raíces de la Crisis

Crosby revisa históricamente los actuales problemas del mundo.

ENSAYO. **LA MEDIDA DE LA REALIDAD. LA CUANTIFICACIÓN Y LA SOCIEDAD OCCIDENTAL, 1250-1600.** ALFRED W. CROSBY
TRADUCCIÓN DE JORDI BELTRÁN
CRÍTICA. BARCELONA, 1998
208 PÁGINAS. 2.600 PESETAS

FERNANDO PARRA

Ahora que muchos analistas, tildados de radicales, consideran el intercambio desigual, o el (des)-orden económico internacional, propalado por el pensamiento único y aupado en la globalización, como la principal causa de la mayoría de los problemas mundiales, incluidos los ecológicos, no está de más revisar las raíces históricas de esta situación. Es decir, antes de las multinacionales existían los imperios, y antes del *desarrollo,* el colonialismo. Un dominio que implica hoy que un 25% de la población mundial, el antes llamado primer mundo, atesore el 80% de la riqueza, consuma, también en promedio, el 80% de los recursos y contamine en proporciones similares, a costa de un flujo neto de materia, energía, recursos y capitales desde el mundo pobre al opulento.

Las causas de esta situación se remontan a las que supuestamente explican el triunfo colonial europeo, que hacia 1900 eran alimentadas por el etnocentrismo y justificadas por el darwinismo social. Dicho de otra forma, las personas pálidas eran más inteligentes, enérgicas, sensatas, éticas y avanzadas estéticamente; superiores, en definitiva. Esto no sólo es políticamente incorrecto, inadecuado, sino cómicamente improbable. A mediados del siglo IX después de Cristo, Ibn Jurradadhbeh, un ilustre antecesor de los desesperados y depauperados pasajeros de las actuales pateras, calificó Europa occidental de fuente de "eunucos, niñas y niños esclavos, brocado, pieles de castor, martas cibellinas y espadas", y no mucho más. Un siglo más tarde, Masudi, otro gran geógrafo musulmán, escribió: "Y cuanto más al norte están, más estúpidos, groseros y brutos son". Esto era lo que cualquier musulmán culto hubiera esperado de los pálidos cristianos entonces genéricamente conocidos como "francos". Pero seis siglos después los "francos" empezaban a tomar la delantera en casi todos los campos y tres siglos después se habían apropiado del resto del mundo.

Crosby, historiador y geógrafo de la Universidad de Tejas, ha escrito anteriormente (véase su *Imperialismo ecológico, la expansión biológica de Europa, 900-1900.* Crítica, 1988) sobre las ventajas biológicas de las que gozaban los imperialistas blancos, desde sus enfermedades que diezmaban a los nativos hasta sus ganados y cultivos que *europeizaron* grandes extensiones del mundo hasta transformar aquellos paisajes de las colonias en confortables hogares para europeos. Pero esta suerte de determinismo biológico no terminaba de explicar los impresionantes resultados de las metrópolis occidentales sobre el resto del mundo. Y algo era cierto: los europeos colonizadores eran capaces de organizar grandes concentraciones de gentes y de capital y explotar los recursos naturales de manera más eficiente o rapaz que cualquier otro pueblo de la época. ¿Por qué?

La respuesta clásica es sencilla: ciencia y tecnología, pero sólo válida en el gran siglo colonial, el XIX. Antes, en los inicios de ese proceso, poca ciencia y tecnología existía. Crosby propone entonces otra explicación: los hábitos de pensamiento, lo que los historiadores franceses han llamado *mentalité.* Ese nuevo modelo de realidad que surge en Europa en la Baja Edad Media y el Renacimiento es, para Crosby, el modelo cuantitativo. Copérnico y Galileo pueden ser considerados como altruistas revolucionarios del pensamiento científico, pero iban acompañados de excelentes artesanos fabricantes de cañones, cartógrafos minuciosos que trazaban precisamente las costas recién *descubiertas,* burócratas eficientes y empresarios implacables administradores; todos ellos ordenaban, controlaban torrentes de riqueza; eran los herederos del cambio de *mentalité* que venía fermentándose desde hacía siglos.

El libro de Crosby intenta explicar las causas de ese sorprendente dominio que –aunque más sutilmente perfeccionado– aún arrastra en el mundo actual, para padecimiento de una inmensa mayoría de desheredados entre la que no se cuentan ni el historiador ni el crítico ni el improbable lector.

El Final de la Democracia en Chile

El revelador testimonio de **Óscar Soto** sobre el final de Allende.

TESTIMONIO. **EL ÚLTIMO DÍA DE SALVADOR ALLENDE**
ÓSCAR SOTO. EL PAÍS-AGUILAR. MADRID, 1998
282 PÁGINAS. 2.600 PESETAS

JORDI SOLÉ TURA

No siempre el título de un libro resume con total exactitud el contenido del mismo. Éste sí. No siempre un libro que se anuncia como imprescindible lo es. Éste sí. Por esto he leído el libro del doctor Óscar Soto de una tirada y siento la necesidad de decirlo en voz alta en estos momentos próximos al 25 aniversario del asalto al palacio de La Moneda, de la muerte de Salvador Allende y de la destrucción de la democracia en Chile por obra de un general traidor, Augusto Pinochet. El libro lleva un subtítulo fundamental: *Crónica del asalto al palacio de La Moneda contada por sus protagonistas* y por esto su valor es incalculable. Desgraciadamente habría que añadir y concretar "por los protagonistas que sobrevivieron", porque una gran parte de ellos fueron torturados y asesinados por las tropas de Pinochet a las pocas horas de terminado el asalto, como se documenta en las páginas dramáticas del último capítulo, esquemáticamente titulado con un *Y después* que lo dice todo.

Precisamente porque hablan los protagonistas y porque el autor, el doctor Óscar Soto, es uno de ellos y ha escrito con absoluta precisión y con un lenguaje ceñido lo ocurrido en aquellas horas trágicas, estamos ante uno de los escasos libros que son de verdad indispensables si uno quiere adentrarse en el conocimiento de aquel momento terrible para Chile y para los demócratas de todo el mundo.

El libro describe en términos generales los antecedentes inmediatos del golpe, nos introduce en el propio palacio de La Moneda desde el primer minuto de la tragedia hasta el último, describe con sobriedad y exactitud los movimientos y las actitudes de Salvador Allende y sus colaboradores y allegados y transcribe documentos fundamentales, entre ellos el diálogo entre los generales golpistas Pinochet y Carvajal que, por su contundencia y su cinismo explicita más que ningún otro texto el sentido de la tragedia de aquel 11 de septiembre de 1973.

Naturalmente, Salvador Allende es la figura central del drama. Pero en ningún momento del libro vemos a Allende como un héroe sobrehumano, sino como un hombre que descubre de golpe la inmensa amargura de la traición de unos militares que él creía fieles y como un presidente dispuesto a serlo con dignidad hasta el último minuto. Su actitud y sus decisiones son parcas, sus movimientos también. Su mensaje final, tan conocido y tan emotivo, resplandece como nunca porque lo vemos en su contexto real. Y finalmente su muerte, su suicidio cuando comprende que ha llegado la hora final, tras los terribles bombardeos sufridos en el palacio presidencial de La Moneda, y ejecuta su decisión de no entregarse vivo ni de aceptar el exilio ni de intentar ocultarse porque sabe que el presidente electo de una democracia debe mantener el prestigio y la dignidad de ésta sin rebajarse personalmente ante la violencia de los dictadores. Su suicidio, definitivamente reconocido y explicado como tal, es un ejemplo supremo de dignidad que honra su vida entera y que mantiene intacta la honra de los millones de ciudadanos que lo eligieron.

El otro gran protagonista, en el polo opuesto, es el general traidor Augusto Pinochet, el jefe supremo de las Fuerzas Armadas, propuesto por su antecesor el general Prats y nombrado por el presidente Allende, asesinados ambos por el propio Pinochet, si entendemos el suicidio de Allende como un auténtico asesinato forzado por los golpistas. En este aspecto, el libro es casi un catálogo de las traiciones de tantos militares que habían jurado su lealtad hasta el último minuto –como el general Brady, destituido por sus jefes militares por masón, que Allende reintegró en su cargo tras las súplicas del propio Brady y que se convirtió en el gran verdugo de Santiago–. Pero ninguna felonía alcanza el cinismo y la maldad del general Pinochet. En su citada conversación con otro general golpista, Patricio Carvajal, Pinochet insiste en la negativa a parlamentar con los defensores del palacio de La Moneda, exige la rendición incondicional, dice que les va a respetar la vida y su integridad física, pero que tendrán que exiliarse y ante las preguntas de su interlocutor dice textualmente: "Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país..., y el avión se cae, viejo, cuando vaya volando". Más adelante, ya casi al final de la destrucción de La Moneda, insiste: "La opinión mía es que estos caballeros se toman y se mandan por avión a cualquier parte, e incluso por el camino los van tirando abajo". Y cuando ya le comunican que Salvador Allende ha muerto, su comentario es todavía más sórdido y miserable: "Que lo metan en un cajón y lo embarquen en un avión, viejo, junto con la familia. Que el entierro lo hagan en otra parte, en Cuba. Si no va a haber más pelotas p'al entierro. ¡Si éste hasta para morir tuvo problemas!". Dos días antes, Pinochet había jurado una y otra vez su eterna lealtad al presidente Allende.

Hace algunos años, a mediados de los ochenta, fui invitado a visitar Chile por primera vez para discutir con los demócratas que se preparaban para el referéndum anunciado los problemas y las soluciones de nuestra transición a la democracia. En uno de los debates alguien me preguntó cuál era la diferencia entre una situación y la otra. Mi respuesta fue que nosotros habíamos empezado y culminado la transición con Franco muerto y ellos lo iban a hacer con su Franco vivo. Han pasado años, la democracia se ha impuesto, pero los obstáculos colocados por Pinochet y sus partidarios siguen ahí, impidiendo la plenitud del sistema democrático. Por ello este libro revelador no ha sido publicado todavía en Chile y sí en nuestro país. Su lectura es algo más que un acto de información, más que un instrumento de comprensión del pasado y del presente. Es un acto de afirmación democrática, que culminará cuando se pueda editar, distribuir y leer libremente en el Chile amigo.